

Vicente SABIDO, Un poema olvidado del siglo XVIII: el "Observatorio rústico" de Francisco Gregorio de Salas, Universidad de Granada, 1987, 73 págs.

Al actual movimiento de reivindicación de los valores literarios de nuestro tradicionalmente desdeñado siglo XVIII viene a incorporarse este libro que Vicente Sabido acaba de dedicar al Observatorio rústico del poeta extremeño Francisco Gregorio de Salas (¿1729?-¿1808?).

La figura de Salas, casi imperceptible en la bibliografía de la literatura española del Setecientos -pues después de Sempere y Guarinos sólo había merecido unos párrafos del Marqués de Valmar, otros de Miguel Gutiérrez, Vivanco, Arce y Pecellín Lancharro, sendos artículos breves de Azorín, López Prudencio y Cossio, y un único estudio extenso, debido a Juan Manuel Rozas-, estaba reclamando a gritos la atención de la crítica, como siguen reclamándola algunos otros "menores" de su tiempo (y estoy pensando ante todo en el excelente Somoza). El breve libro de Sabido, y esta vez el tópico no riñe con la realidad, viene a llenar un notorio vacío.

Tras una rápida "Introducción" ofrece el autor "Algunos datos bibliográficos" sobre Salas. Ninguno, ciertamente, es inédito, pero su recopilación y ordenación son ya una aportación digna de aprecio, que ahorrará al curioso muchas horas de consultas dispersas. Del esbozo biográfico aquí realizado surge sobre todo la imagen de Salas como un hombre que llevó verdaderamente al terreno vital el viejo ideal del aurea mediocritas, lo que lo distingue de la mayoría de los muchos partidarios "literarios" de éste y vuelve a aproximarle a Somoza, tan diferente, por tantos otros conceptos, del poeta de Jaraicejo.

En el siguiente capitulillo, "El Observatorio rústico: estructura y contenido", presenta al autor el poema de Salas como una nueva versión del tópico "menosprecio de corte y alabanza de aldea". El verso de Lupericio Leonardo de Argenso la que el poeta extremeño puso al frente de su obra -"¡Ah Corte! ¡Ah confusión! ¿Quién te desea?"- desvanece ya de entrada cualquier posible duda acerca de la lucidez y la voluntariedad de esta participación en el lugar común (cosa nada extraña, por otra parte, en aquella época en la que todavía no se había inventado la originalidad). Sin embargo, Sabido destaca inmediatamente la peculiaridad de Salas, partiendo ya de unas consideraciones a propósito de los dos términos del título del poema. La palabra observatorio, señala, pertenece al ámbito intelectual del empirismo, corriente que, iniciada por el Ensayo sobre el entendimiento humano de John Locke, constituye un elemento capital de la mentalidad ilustrada. Aunque es casi seguro que Salas no conoció directamente aquel libro, es indiscutible que, bien a través de traducciones (como la francesa que tanto manejó Meléndez), bien de modo digamos "ambiental", recibió su influencia, y a consecuencia de ésta el poeta de Jaraicejo "observa directa y libremente la realidad hasta en sus más mínimos detalles" (p. 19).

Es de lamentar que Sabido no haya tenido en cuenta el

artículo de R.P. Sebold "Enlightenment Philosophy and the Emergence of Spanish Romanticism" (1971), recogido, en castellano, en el libro Trayectoria del Romanticismo español (Barcelona, 1983). En él se postula que el influjo del empirismo fue determinante en el nacimiento, hacia 1770, de la poesía descriptiva -Thomson, Saint-Lambert, Parini, Cadalso, Meléndez...-, que, a juicio del crítico americano, es el eslabón perdido entre la Ilustración y el Romanticismo. Aunque el autor no comparte en su totalidad la tesis de Sebold (que, por raro que pueda parecer, no menciona para nada a Salas), al menos hubiera podido señalar la importancia del Observatorio... en aquella tradición poética (y, de paso, reprocharle respetuosamente al citado estudioso su desdén-declarado, pero no explicado, en otro ensayo de Trayectoria... del escritor cuya obra es sin duda el mejor exponente español de esa lírica descriptiva).

El segundo de los términos del título del poema de Salas indica que lo observado y descrito en él es el mundo rural. "Pero -afirma Sabido- una larga tradición de raíz greco latina había establecido una bien definida tópica respecto a ese mundo. La temática bucólica del poema, los nombres poéticos de los protagonistas, la presencia del *beatus ille* horaciano, etc., nos hacen ver con claridad que Salas no logra desasirse por completo de esas convenciones" (p. 19-20). Podría haberse desglosado ese "etc." aludiendo al *locus amoenus* que -excepcionalmente, es cierto- aparece en los primeros versos del Observatorio..., quizá para situar al lector en un terreno familiar antes de llevarlo por senderos insólitos, y a la estructura de canto amebio que fundamenta todo el poema, pero lo dicho es sustancialmente cierto.

Así pues, desde su mismo encabezamiento el Observatorio... manifiesta una tensión, que lo preside hasta el final, entre convencionalismo bucólicos y observación empirista, o, por decirlo más concisamente, entre idealismo y realismo.

El apartado "Empirismo y paisaje" apunta en esta última dirección. Comienza estableciendo, de la mano de Emilio Orozco, una distinción entre "paisaje literario" y "sentimiento de la Naturaleza" para pasar luego a fijar los inicios del paisajismo como tal en el Manierismo y el Barroco, aunque en ellos la naturaleza aparece desfigurada, por así decirlo, por la densidad metafórica del lenguaje. La obra de Salas supone un desvío con respecto a esos precedentes históricos, pues en ella las descripciones de la naturaleza se caracterizan por "el realismo minucioso y detallista, casi fotográfico, que hacen del poema una rareza singular en la literatura de su tiempo" (p. 22-23).

Quizás hubiera sido conveniente, una vez sentado que es el Manierismo el momento en que el paisaje comienza a emanciparse de las funciones accesorias que hasta entonces se le habían asignado, señalar en primer lugar el descubrimiento dieciochesco, prerromántico, de la realidad del paisaje (como bien dice Sebold, una consecuencia de la difusión de la filosofía empirista) y después la intuición, asimismo prerromántica, de las secretas corrientes que comunican, en las dos direcciones, el mundo objetivo y el subjetivo, la

Naturaleza y el Espíritu. Con tal proceder resultaría más fácil situar la poesía de Salas, cuyo lugar está exactamente entre estos dos hallazgos, pues, si bien es verdad que en ella la visión de la naturaleza, en términos generales, "no se amolda -por su novedad- a los tópicos oficializados (*locus amoenus*, etc.) de la literatura anterior" (p. 24), no lo parece menos que en el *Observatorio*... los estados anímicos no se proyectan sobre el paisaje, configurándolo subjetivamente, ni tampoco son suscitados o modificados por él: un mundo y otro son en Salas absolutamente diversos e independientes). En todo caso, es rigurosamente exacto que los versos del *Observatorio*... evidencian ese "realismo minucioso y detallista" cuya originalidad ya intuyó Sempere y Guarrinos:

Luego en la bella huerta me paseo,
donde inocentemente me recreo,
y con alguna caña muy ligera,
al pie de una poblada y alta higuera
voy tentando los higos poco a poco;
los más crecidos toco
hasta que me aseguro
y derribo el más blando y más maduro.

.....
Otro algún jornalero
desabrocha ligero
al cerdoso y tostado,
fuerte, robusto pecho acalorado,
y en la trillada parva con donaire
de la menuda paja puebla el aire;
deja el biello cansado
y el semblante sudado
enjuga con la mano simplemente
y se sienta a comer alegremente,
mitigando la sed que le sofoca
de un cántaro quebrado por la boca.

.....
El arrollado erizo con desvelo
se revuelca en el suelo
y después va cargado
del fruto colorado
del maduro madroño,
portátil ramillete del otoño.

"Este afán de captar directa y fielmente las cosas nos explica la escasez de figuras en el libro", sostiene Sabido (p.25), que no deja de recordar que, por otra parte, como Cassirer y Sebold han señalado, tal escasez, reflejo de una actitud racionalista, es algo muy propio del Neoclasicismo -en el sentido amplio tradicional del término, y no en el restringido que puso en circulación el profesor Arce-. Efectivamente, tales recursos brillan por su ausencia, sólo mitigada por algunas comparaciones aisladas, que no perturban en absoluto la clara percepción de la realidad.

De la actitud empirista depende igualmente "el uso continuado de enumeraciones" (p.28) de plantas, animales, alimentos, etc., un rasgo sumamente notorio en la obra de Salas, que da a ésta ese constante tono de inventario infati-

gable y debió de tener bastante parte en el interés de Azorín por el capellán:

nace al pie de un lindazo
el beleño, la ortiga y el lampazo.
Y por las aberturas de una roca
la cornicabra con la higuera loca;
guarneciendo los hondos de la selva
el tamujo, la zarza y madre selva.

.....
Con la blanca garzota,
la ortega, alcaraván y paviota,
francolín, zarapito y ganga parda,
el ánade, sisón y la avutarda,
volando más ligeros con el frío
la mansa cogujada y andarrío.

y también la acumulación de adjetivos encaminados a "transmitir diversos aspectos del objeto contemplado; en definitiva, una imagen más fiel y pormenorizada del mismo" (p.30):

cubiertos de racimos numerosos,
agrios y desmadrados,
rústicos, mal maduros y delgados.

.....
Al labrador observo colorado,
fuerte, sano y robusto.

Destaca el autor la abundancia, dentro y fuera de estas enumeraciones, de motivos vegetales y animales: casi 200 especies de plantas y unas 120 zoológicas, de las que ofrece sendas listas alfabéticas.

El examen de ambas relaciones sirve a Sabido para establecer sin vacilaciones el carácter extremeño de la naturaleza descrita en el Observatorio... El siguiente paso, que el crítico no da, sería éste: si el poema fue compuesto -como parece haberlo sido con seguridad- en Madrid y el paisaje en él descrito es el de Extremadura, el empirismo de Salas presenta unas características un tanto especiales: no es un empirismo "del natural", sino "a distancia" o "de memoria"; idealista, en suma. Pero también es cierto que acaso no tenga mucho valor esta reflexión, ya que resulta más que difícil imaginar una poesía paisajístico-empirista que no haya sido creada a cierta distancia de los pormenores de la naturaleza que describe. Aunque el poeta de Jaraicejo hubiese escrito su poema en Extremadura, ello tampoco nos tendría que llevar a representarnos un Salas que recorriese las aldeas con el recado de escribir en la mano.

Consecuencia obvia de este prolijo descriptivismo es el prosaísmo, que tanto repugnó al Marqués de Valmar; pero, en el contexto de la tradición naturista española, "el prosaísmo -por su sincera aproximación a la realidad- puede ser también creativo, poético" (p.39). Sabido cita en este punto de su estudio unas atinadas palabras de Luis Felipe Vivanco: el mundo de Salas "es tan prosaico y vulgar, que empieza a ser poético otra vez y de otra manera". Aunque esto -sigue el autor- no supieron verlo los prerrománticos y neoclásicos

inmediatamente posteriores, "que pretendieron elevar el tono emocional y la pureza formal, respectivamente, de la producción poética" (p.39-40), y las innovaciones de Salas -para el lector actual mucho más soportables con su encanto ingenuo, que casi toda nuestra lírica dieciochesca- tendrían que esperar hasta el Romanticismo para encontrar una continuación.

Pero, como se ha visto ya, para Sabido hay en el Observatorio... un permanente conflicto idealismo/realismo, y los últimos párrafos del apartado que estoy resumiendo y comentando se dedican a notar la importancia del fenómeno -esencialmente antiempírico- de la personificación, que afecta a animales, plantas y realidades inanimadas, aunque es cierto que sin graves riesgos para la verosimilitud.

El capitulillo "Elementos costumbristas" se orienta, consideradas ya las realidades "paisajísticas" tal como se presentan en el poema, hacia la intervención en él de los seres humanos. El descriptivismo detallista desemboca a este respecto en frecuentes y pormenorizadas escenas costumbristas -posiblemente extremeñas- a lo largo de las cinco primeras "divisiones" del poema. Sabido las encuadra dentro de la tradición que Margarita Ucelay Da Cal -a la que toma como guía principal-, Evaristo Correa Calderón y José F. Montesinos han estudiado -cada uno a su manera- tan admirablemente, para terminar proclamando "la importancia de la obra de Salas como antecedente próximo del costumbrismo romántico" (p.45), que adoptaría la forma del "artículo de costumbres". Habida cuenta de la gran difusión -constatada por Larra precisamente- que el Observatorio... alcanzó en los años de esplendor del Romanticismo, no es nada inverosímil que sus pasajes sobre la vida cotidiana de los campesinos -aunque lleven unos nombres tan poco verosímiles como Salicio o Coridón (que, por otra parte, no son más increíbles que los de algunos personajes del costumbrismo o de la novela realista)-, la vendimia, las monterías, la caza menor, la pesca, la ganadería, el pastoreo, la apicultura, la cría de gusanos de seda y, sobre todo, los que las "divisiones" 3 a 5 dedican a las celebraciones religiosas populares -Navidad, Cuaresma, Semana Santa, Pascua, Fiesta de la Cruz, Corpus Christi, noche de San Juan-, así como los correspondientes a los bautizos aldeanos, la matanza, la recogida de la aceituna, los juegos infantiles, los noviazgos y bodas campesinos, la salida de un muchacho para cursar estudios eclesásticos en la ciudad o una romería, convierten al Observatorio..., "junto con las poesías de Iglesias de la Casa, los sainetes de Ramón de la Cruz, algunos pasajes del Fray Gerundio de Campazas y ciertos periódicos, como El Pensador o El Censor, en un precedente próximo del realismo costumbrista del movimiento romántico" (p.54).

Algo que llama la atención en esta parte del poema de Salas, y que el trabajo de Vicente Sabido apenas roza, es la total ausencia de los muchos aspectos negativos que la vida rural -y más la del XVIII español- presenta al observador desprovisto de prejuicios. Para Salas, en la aldea

Todo rebosa gusto y alborozo,
 amistad, alegría, paz y gozo,
 pues allí no conocen la codicia,
 la ambición, la lujuria y la malicia,

como leemos en la cuarta "división" a propósito de un festejo nupcial. El evidente apego del poeta extremeño a los clichés idílicos tradicionales sería un argumento más a favor de la tesis de la "bucólica empirista" defendida por el autor. Inventario verista y minucioso, sí, pero de unas zonas de la realidad previamente seleccionadas por el poeta desde un visible parti pris que amputa las facetas menos amables y risueñas de la vida campesina. Aquéllas que sí vieron y denunciaron, en esto mucho más modernos que Salas, hombres como Feijoo, Torres, Olavide, Jovellanos o Meléndez. La sexta "división" del Observatorio... y el siguiente apartado del libro que reseño se consagran a "Reflexiones políticas y morales", reflexiones que, a juicio de Sabido, son "un añadido algo forzado por el afán del autor de exponer conceptualmente sus puntos de vista sobre el tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea" (p.54). Pocas sorpresas nos depara Salas en este territorio: críticas a la avaricia, la codicia, la ambición y la moda, elogios de la pura sencillez de las costumbres rústicas, caridad cristiana, desdén de la fortuna, fama póstuma, el estado de la literatura, la falta de escritores originales, los traductores y los críticos, el aurea mediocritas, el gobierno y la convivencia social, ramalazos de pragmatismo moral burgués, el auténtico mérito personal frente a la falsa dignidad heredada y un beatus ille final culminado por el mismo verso de Argensola que -alfa y omega- precedía al poema y que lo convierte en una glosa al reaparecer como cierre del mismo. En definitiva, lo que cabía esperar: una ensalada de ideas tradicionales e ilustradas, de pasado y modernidad, que se corresponde bastante bien con la bifrontalidad estética que caracteriza al Observatorio...

En lo tocante a "La métrica" -el poema está escrito en forma de "silva de consonantes" con un 69% de endecasílabos y un 31% de heptasílabos (proporción que no me parece de "neto equilibrio" a pesar de la opinión afirmativa del autor)-, lo más digno de nota es la coincidencia estrófica entre el poema de Salas y 64 de las Fábulas morales de Samaniego. Es cierto, como indica Sabido, que ese módulo métrico no es invención del poeta extremeño -había sido utilizado ya por Calderón y Góngora-, y que el alavés "no parece reconocer ninguna deuda" (p.62) con Salas, pero no deja de ser llamativa tal analogía entre dos obras tan próximas en el tiempo -el Observatorio... se imprimió, en sus diversas versiones, en 1772, 1773, 1774, 1777, 1779, 1785, etc., y las Fábulas morales en 1781 y 1784-, que, además, tienen en común, como no deja de observar Sabido, la presencia de animales (a los que Salas, no se olvidé, personifica con cierta asiduidad).

El estudio se cierra con unas "Conclusiones" que recapitulan -en algún momento con molesta literalidad- lo expuesto a lo largo del volumen y cierran éste reivindicando la figura del buen capellán poeta, "prácticamente inaccesible

a lectores y críticos" desde 1830 (p.64).

El libro -pese a su brevedad, un punto de referencia ineludible para cuantos en el futuro se interesen por el poeta de Jaraicejo- se completa con una bibliografía primaria y secundaria que supone un considerable avance, ya que el conocidísimo Manuel de Bibliografía de la Literatura Española de Simón Díaz omite absolutamente a Salas y la Bibliografía fundamental de la Literatura Española. Siglo XVIII de Aguilar Piñal recoge sólo tres trabajos sobre él.

MIGUEL D'ORS

